
Irene Sánchez Ramos*

*DE VIETNAM A
CENTROAMERICA
Estrategia de Estados Unidos
en el Salvador y Nicaragua*

“Cuando una nación empieza a hablar de su ‘responsabilidad’ hay otras que deben ponerse en guardia”.

Noam Chomsky

1. La guerra de baja intensidad en Centroamérica

Después de Vietnam, Centroamérica. Ciertamente los hechos históricos no se repiten, pero es innegable que de los errores y aciertos del pasado se extraen experiencias para no repetir los primeros y aumentar los segundos. Esto es válido tanto para los proyectos políticos encaminados al cambio, como para los que pretenden frenarlo. Después de la grave derrota sufrida en Vietnam, los estrategas políticos y militares estadounidenses inician el análisis de lo que desde su punto de vista fue una actuación errada y replantean las medidas a tomar actualmente.

Tal análisis se inscribe dentro de la nueva visión global de la política norteamericana en el plano mundial ante la presencia de nuevos actores y el cambio evidente en la correlación de fuerzas a nivel internacional. La embestida del capital japonés, las modalidades que asume la relación con los países europeos, la cada vez mayor fortaleza de los movimientos políticos del llamado Tercer Mundo son, pues, algunos de los elementos que, desde la perspectiva norteamericana, han incidido en la pérdida

* Profa de la FCP y S adscrita al Centro de Estudios Latinoamericanos.

de su hegemonía,¹ hecho que se profundiza aún más por toda la serie de “errores” cometidos por los diferentes gobiernos a partir de Richard Nixon.

Si en el plano del enfrentamiento con la Unión Soviética se llevaron a cabo medidas tendientes a recuperar la hegemonía perdida y que en términos generales se traducen en el paso de la doctrina estratégica de la “destrucción mutua asegurada” a la posibilidad de una “guerra convencional nuclear”, en el plano específico de los conflictos con el Tercer Mundo se estructura una nueva estrategia militar para enfrentar éstos: *la guerra de baja intensidad*.²

Pese a que los hombres del Pentágono y la Casa Blanca han llegado a un acuerdo sobre la caracterización de los elementos principales del conflicto de baja intensidad, sigue vigente el debate en torno a cuáles son las modalidades estratégicas más adecuadas y eficaces y que, por supuesto, impliquen los menores costos materiales y humanos para el país. Ante la concepción estratégica para enfrentar los conflictos del Tercer Mundo a través de una contrainsurgencia “tradicional” que asume como propósito básico derrotar a las fuerzas insurgentes sólo en el plano militar, la nueva estrategia de guerra de baja intensidad va ganando cada vez más terreno.

Los actuales desacuerdos entre los estrategas militares norteamericanos no son un hecho novedoso. Durante la guerra de Vietnam la estrategia militar estadounidense no fue formulada y puesta en práctica de manera homogénea. En lo esencial se manifestaron dos concepciones que, por lo demás, siempre estuvieron en conflicto: una de ellas visualizaba el problema como una cuestión estrictamente militar en donde los actores principales eran dos fracciones armadas opuestas; en esa medida el triunfo de una sobre otra sólo estaría dado con el logro de una victoria militar. De ahí, entonces, la necesidad de robustecer el poder aéreo, naval y terrestre del bando aliado, así como intensificar los bombardeos masivos, e incrementar el envío de tropas, etcétera. Frente a esta visión se levantaba aquella otra que le daba al conflicto un carácter político.

¹ Noam Chomsky, *La segunda guerra fría. Crítica de la política exterior norteamericana, sus mitos y propaganda*. Barcelona Grijalbo, 1984.

² Dado lo reciente de su aparición, al interior mismo de los Estados Unidos continúan las discusiones para perfilarla de manera más definida. Hasta la fecha existen pocos análisis elaborados desde una perspectiva crítica. Entre otros, véase: Deborah Barry, “USA: la guerra de baja intensidad” En *Pensamiento propio*, INIES-CRIES, Nicaragua, año III, No. 21, marzo 1985.

D. Barry y José Lobo, “La otra guerra” En *Pensamiento propio*, INIES-CRIES, Nicaragua, año IV, No. 33, mayo-junio 1986.

Lilia Bermúdez, “El nuevo modelo de intervención norteamericana en Centroamérica: la “guerra de baja intensidad”. Ponencia presentada en las Primeras Jornadas Universitarias de Solidaridad con Centroamérica, Ciudad Universitaria, México, 9-13 septiembre 1985.

Michael Klare, “Los conflictos de baja intensidad. La nueva doctrina de intervención norteamericana”. En *Le Monde Diplomatique*, edición en español, año VIII, No. 91, marzo 1986.

En consecuencia las medidas a tomar, si bien no desconocían la necesidad de lograr un triunfo militar, hacían énfasis en el logro de la neutralización política del enemigo a través de presiones económicas, de la profundización de la “guerra psicológica” y el despliegue de medidas políticas con miras a alcanzar la victoria. Esto es, en síntesis, lo que se conoce como “la otra guerra”.

Ante la derrota, cada uno de estos sectores extrae sus propias conclusiones. El que podríamos llamar sector “militarista” atribuye el principal error al hecho de que el envío de tropas y apoyo logístico se hizo de manera escalonada y, por lo tanto, se llegó al “empantanamiento” del cual fue difícil salir; a fin de evitar esto resulta fundamental, actualmente, aplicar la fuerza militar de manera “rápida y contundente”. De otra parte, el sector “político” concluye que es su estrategia la que debe profundizarse aunque, por cierto, necesitaría ser revaluada frente a las novedosas condiciones que ahora presentan los conflictos en el Tercer Mundo.³ Es precisamente este sector el que principalmente impulsa la caracterización y puesta en práctica de la guerra de baja intensidad.

Sin desconocer la necesidad de victorias militares, el sector “político” subraya, sin embargo, que éstas habrán de conseguirse mediante el manejo eminentemente político de lo militar. De hecho, la guerra de baja intensidad es la síntesis del consenso adquirido acerca de lo que fueron los dos principales errores cometidos en Vietnam: el envío escalonado de tropas y el débil manejo de los factores políticos para deslegitimar al enemigo.⁴

De esta caracterización de la derrota y del análisis de las nuevas condiciones que plantean los conflictos en el Tercer Mundo, al interior de Estados Unidos se llega a la conclusión de que la forma de enfrentarlos partiría de dos supuestos: en primer lugar, de desechar la idea de que los procesos revolucionarios triunfantes son irreversibles; en segundo, de asumir que es posible evitar la victoria y consolidación de los movimientos insurgentes. ¿Cómo llevar esto a la práctica? Por una parte,

³ Entre quienes elaboran y aceptan la conclusión del sector “militarista” estarían George Shultz, secretario de Estado y amplios sectores de la CIA; los principales representantes del sector “político” serían Caspar Weinberger, secretario de Defensa; John Galvin, jefe del Comando Sur; William Casey, director de la CIA; Elliot Abrams, secretario adjunto para asuntos interamericanos, entre otros. D. Barry y J. Lobo, “La otra guerra”, *Op. Cit.*

⁴ A pesar de que ahora se plantea la recuperación de lo político sobre lo militar para lograr el triunfo (o al menos para evitar otra derrota tipo Vietnam), a nuestro juicio el gobierno norteamericano sigue sin entender las causas reales de su derrota en el sudeste asiático. Ciertamente ésta se expresó militarmente; sin embargo, al desconocer lo que implicaba enfrentarse a guerrillas con un *objetivo político de carácter nacional*, se desconoció también la importancia de un elemento clave: los guerrilleros vietnamitas podían sostener la guerra por años; los soldados norteamericanos, por el contrario, al carecer de objetivos políticos que derivaran de la existencia de un proyecto, se fueron desgastando moral y políticamente, lo cual, en un proceso bélico, es un factor definitorio para el triunfo o la derrota.

legitimando la ayuda y reforzando militarmente a los grupos contrarrevolucionarios, se trate de Angola, Mozambique, Nicaragua o Afganistán; por otra, reforzando la lucha contrainsurgente que mantiene, en lo general, los elementos de esa doctrina aplicada durante la época kennedyana.⁵

Desde la óptica de la nueva estrategia, resulta prioritario hacer que los diferentes ejércitos nacionales asuman como tarea propia la lucha contrainsurgente. Lo contrario sería repetir el error cometido en Vietnam donde el ejército norteamericano fue enviado a participar directamente en los combates, con la consecuencia lógica del incremento en el número de soldados estadounidenses muertos en la guerra y todo lo que ello implica en términos del impacto sobre la opinión pública local.

Con miras a evitar la oposición del pueblo norteamericano y acelerar el largo proceso que debería seguirse en el Congreso en caso de decidir enviar tropas a la región, resulta más adecuado asesorar a los diferentes ejércitos nacionales a fin de que sean ellos quienes se hagan cargo de los combates. En Vietnam se *hizo* la guerra; en Centroamérica sólo hay que *planearla*.

Al mismo tiempo, y bajo el supuesto de la recuperación de los aspectos políticos de la lucha para minar las bases de apoyo a la guerrilla —sobre todo a partir de la legitimación del gobierno y la realización de planes de desarrollo (como sería el caso de Guatemala y El Salvador), o a través del desprestigio político y las presiones económicas a gobiernos “hostiles” (Nicaragua)—. Estados Unidos plantea las elecciones que, en efecto, se realizaron en la región desde 1982.

A partir de ese año los diferentes países centroamericanos viven procesos electorales de los que resulta —salvo en el caso de Nicaragua, donde las condiciones en que tuvieron lugar los comicios, así como sus resultados políticos son obviamente diferentes— un *aparente* desplazamiento de los ya desprestigiados militares y el ascenso de los representantes de las fuerzas “centristas”. Con ello se pretende lograr el consenso político tanto a nivel interno como al exterior que sirviese de apoyo a los planes político-militares norteamericanos.

⁵ Muy recientemente los ideólogos de la guerra de baja intensidad incorporan al terrorismo y al problema del narcotráfico como elementos que se insertan dentro del ámbito de los conflictos de baja intensidad. Si bien no existe en la actualidad una “metodología” acabada dentro del nuevo esquema para enfrentar al terrorismo y al narcotráfico, su equiparación a través de la tríada “insurgencia-terrorismo-narcotráfico” (narco-guerrilla y/o narco-terror), brinda a Estados Unidos los elementos necesarios para conseguir la aceptación de su política por parte de la opinión pública norteamericana y de amplios sectores de la internacional. Con miras a lograr no sólo el apoyo “moral” para la nueva estrategia militar, sino, sobre todo, la participación activa de los países aliados, la lucha antiterrorista proveería a Estados Unidos de esta posibilidad en el marco fundamentalmente de los países europeos, mientras que para América Latina la forma de involucrar a estas naciones sería a través de la lucha contra el narcotráfico.

Entender la lógica de la situación prevaleciente en la zona sólo es posible en la medida en que se contemple la presencia de “modalidades de guerra” en cada país.⁶ Pensar la guerra como un todo homogéneo sería una generalidad que ocultaría la explicación de su dinámica e impediría mostrar sus proyecciones. La guerra en El Salvador tiene un carácter diferente al de la guerra que sostiene Nicaragua. En el primer caso se trata del enfrentamiento de dos proyectos sociales que expresan esa contradicción a nivel militar. En Nicaragua, en tanto, la guerra se define más como el enfrentamiento entre un proyecto popular que tomó el poder a través de un proceso insurreccional, y un ejército sin un *proyecto social propio* (y, en consecuencia, sin una base social de apoyo) que cumple sólo el papel de instrumento militar inserto en la línea norteamericana de apoyo a los grupos contrarrevolucionarios encaminados a obtener la “reversión del proceso” (“rollback”).

En el caso guatemalteco, y en la medida en que ahí el esquema contra-insurgente aplicado por el ejército gubernamental impidió que la Unión Nacional Revolucionaria Guatemalteca pasara de la guerra de guerrillas a la guerra de movimientos, no se puede hablar propiamente de una guerra civil. Obviamente esto no significa que se niegue la existencia de dos proyectos políticos en pugna; se trata de evidenciar que uno de ellos (el revolucionario) no logró fortalecerse militarmente al punto de equiparar su fuerza a la del ejército (garante del otro proyecto) y plantear la guerra en otros términos.

Centroamérica se ha convertido en el caso-prueba de la viabilidad o no de la guerra de baja intensidad. A partir del ascenso de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos —momento en que empieza a definirse la nueva estrategia— se dan los primeros pasos de la puesta en práctica del proyecto. El gobierno de Nicaragua y la presencia guerrillera en Guatemala y El Salvador serán los puntos importantes que ocuparán a los estrategas militares y a los políticos nortamericanos durante los últimos años. A Honduras y Costa Rica les tocará el papel de soportes fundamentales en la aplicación de esta estrategia a nivel regional, el primero mediante su conversión en, prácticamente, una base militar estadounidense y en retaguardia del ejército “contra”; el segundo, como la “punta de lanza” de los manejos diplomáticos nortamericanos, al asumir una actitud boicoteadora ante proyectos de solución como los emprendidos por el Grupo de Contadora.

Creemos que la aparición de nuevos actores en el conflicto centroame-

⁶ Sobre la caracterización y análisis de las modalidades que asume la guerra en El Salvador, Guatemala y Nicaragua, ver Raúl Benítez M., “La militarización de Centroamérica. Problemas de interpretación”. Ponencia presentada en la VII Reunión Anual del Programa Conjunto de Estudio de las Relaciones Internacionales. Bogotá, Colombia, 5 y 6 de noviembre 1985.

ricano ha incidido en la tendencia a la regionalización y alargamiento de la guerra, con todos los costos materiales y humanos que de ello derivan. Es interesante observar cómo en Vietnam el factor tiempo jugó en contra del ejército norteamericano y cómo, por el contrario, en Centroamérica la administración Reagan busca explícitamente prolongar la situación bélica, en tanto esto le permite crear las condiciones necesarias para su actuación.

2. El Salvador: La moderna contrainsurgencia

La situación militar salvadoreña se constituye en la primera posibilidad de aplicación de la contrainsurgencia dentro de la nueva lógica militar norteamericana. 1981 marca el inicio de la introducción de dicho esquema y el traslado paulatino, a manos norteamericanas, del control tanto de la estrategia que deberán aplicar las fuerzas armadas (FFAA) salvadoreñas, como de la política a instrumentar por el gobierno.

A partir del lanzamiento de la ofensiva general del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en enero de 1981⁷ —donde falta la apreciación en el sentido de que la insurrección se presentaría en las ciudades— la guerrilla, no obstante, establece nuevos campamentos y consolida los ya existentes, derivando en una ampliación de zonas del norte y oriente del país bajo su control (fundamentalmente después del éxito de la campaña político-militar de junio-septiembre de ese año). Y no sólo resulta exitosa por lo anterior, sino porque logra resquebrajar la táctica gubernamental y, sobre todo, porque se anota un importante punto a su favor en el ámbito internacional: el reconocimiento del Frente Democrático Revolucionario (FDR) y del FMLN como fuerzas políticas representativas, expresado a través del Comunicado franco-mexicano de agosto de 1981.

Al iniciarse las operaciones guerrilleras, el ejército gubernamental se ve obligado a romper con el esquema de lucha irregular para adaptarse rápidamente a las condiciones específicas de los combates guerrilleros. Las FFAA despliegan sus campañas de “cerco y aniquilamiento” (consistentes en localizar campamentos guerrilleros, cercarlos y aniquilarlos), cuyo eje de sustentación serán los batallones élite Atonal, Atlácatl y Ramón Belloso,⁸ formados y entrenados aceleradamente bajo el mismo

⁷ Un análisis pormenorizado de los objetivos y la táctica empleada durante esta ofensiva se encuentra en: Joaquín Villalobos, “Acerca de la situación militar en El Salvador”. En *Cuadernos Políticos*, México ERA, octubre-diciembre 1981.

⁸ En este periodo sólo funciona el batallón Atonal, El Atlácatl y el Ramón Belloso iniciarán sus actividades hasta mediados de 1982 con la finalidad de provocar un viraje estratégico a favor del ejército.

esquema táctico de las Fuerzas de Despliegue Rápido del ejército norteamericano. Después del fracaso de las campañas “cerco y aniquilamiento”, y ante la adecuación táctica del FMLN mostrada durante su campaña de julio-septiembre de 1981, no sólo queda sepultada la euforia propagandística del régimen en el sentido del inminente aplastamiento de la guerrilla, sino, además, las FFAA se ven en la necesidad de dar un giro sustancial en sus métodos de guerra. El plan contrainsurgente con inspiración y asesoría norteamericana se pone en marcha.

El éxito de la contrainsurgencia dependía, por una parte, de la reeducación de la cúpula del ejército⁹ para desplazar a aquellos cuadros militares que no funcionaran dentro del nuevo esquema de guerra y, por otra —recuperando las enseñanzas de Vietnam—, de lograr la legitimación del gobierno salvadoreño. Es en este marco que se dan las elecciones de 1982, así como los reajustes de mandos suscitados al interior del ejército.

Por su parte, la guerrilla resiste las diferentes campañas gubernamentales a través de una sorprendentemente rápida adecuación táctica a las nuevas circunstancias. Así, logra que los pequeños territorios controlados después de la ofensiva del 10 de enero de 1981 se conviertan en bases de operaciones de donde parten las unidades que combaten en los recién formados frentes de guerra. Hacia mediados de 1982 las antiguas columnas guerrilleras se han transformado en unidades del ejército revolucionario y, al ampliar los escenarios de guerra y las zonas bajo su control, se abre la posibilidad de ejecutar maniobras de mayor envergadura. Hacia este momento para los dos bandos resulta evidente el carácter prolongado del conflicto y la fortaleza militar de ambos, por lo que la actuación de cada uno, a partir de entonces, habrá de darse bajo ese supuesto.¹⁰

El fracaso del plan “bienestar para San Vicente” —emprendido por el ejército con esta nueva visión en junio de 1983—¹¹ mostró, entre otras

⁹ Para un seguimiento de los diferentes ajustes al interior del ejército salvadoreño hasta la actualidad, véase: Mario Lungo, “Las nuevas FF.AA. salvadoreñas, un obstáculo para la democratización”. En *Nueva Sociedad*, No. 81, Caracas, enero-febrero 1986.

¹⁰ Muchos analistas norteamericanos manejan la idea de lo que se ha dado en llamar un “empate” o “equilibrio de fuerzas” entre el ejército y la guerrilla. Esto puede ser cierto en tanto se analice el conflicto desde una perspectiva exclusivamente militar; sin embargo, al añadir elementos como la correlación de fuerzas a nivel político, la alta o baja moral de la tropa, el grado de fortaleza de la retaguardia política, etcétera (cuestiones fundamentales en estos casos), no sólo se relativiza al término, sino, incluso, encubre el hecho de la superioridad del FMLN. Sobre los argumentos en que se basa el supuesto “equilibrio de fuerzas”, véase:

L. Tambs y F. Aker. “Destruyendo el Síndrome de Vietnam: una perspectiva para el triunfo en El Salvador”, Department of History, Arizona State University, 1983.

J. Waghelstein y A. Bernstein. “How to win in El Salvador”. En *Policy Review*, No. 27, invierno 1983.

¹¹ Para un análisis de los objetivos, desarrollo y causas del fracaso de este plan; ver Horacio Castellanos Moya, “Insurgencia y contrainsurgencia”. En *Centroamérica en la Mira*, SALPRESS, México, Nos. 4-5, enero-abril 1984.

cosas, la ineficacia de las tropas móviles (batallones de Cazadores) que eran las unidades fundamentales de la estrategia contrainsurgente de Rápido Despliegue. Esta buscaba “limpiar” de guerrilleros la zona sur y central del país (donde se concentran gran cantidad de habitantes y una parte considerable de la producción agrícola) obligándolos a replegarse hacia la frontera con Honduras, donde serían fácilmente aniquilados, al tiempo que las regiones, una vez desalojadas, serían la base de la reactivación económica nacional y de la estabilización política del régimen.

Además, el fracaso del plan gubernamental evidenció la capacidad de readecuación militar del FMLN, organismo que evita los grandes enfrentamientos, realiza acciones en el cerro de Guazapa y otras zonas para desviar a las tropas del ejército que estaban presionando en San Vicente y se dedica al sabotaje de puntos neurálgicos de la economía: hidroeléctricas, centros de comunicaciones, presas, etcétera. La acción más significativa realizada en este periodo es el ataque del 30 de diciembre de 1983 al cuartel El Paraíso —en el Departamento de Chalatenango—, no sólo por lo que representaba atacar un importante centro estratégico para el ejército, sino porque era el punto de partida para instrumentar cambios sustanciales en la guerra.

Efectivamente, a raíz de lo anterior, el ejército guerrillero inicia batallas de grandes dimensiones en las que están presentes dos elementos fundamentales: uno, referente al alto nivel de unidad que han logrado las distintas organizaciones que integran el FMLN, ya que desde entonces participan combatientes de por lo menos dos de las organizaciones político-militares en las diversas operaciones; otro, relacionado con la necesidad a que se ven empujadas las FFAA de transformar sus propias estructuras con miras a una nueva readecuación de su táctica contrainsurgente.¹²

El ejército se ve orillado a “abandonar los cuarteles” para transformarse en una fuerza en constante movimiento que, al tiempo que combate para recuperar la iniciativa militar arrebatada por el FMLN, trabaja en campañas tendientes a “ganar a las masas”. Así, el ejército sigue haciendo la guerra, pero también se convierte en lo más parecido a un agitador político. La aparición de las Patrullas de Reconocimiento y Alcance Largo (PRAL) —réplica de la Fuerza de Operación Especial norteameri-

¹² Ante la posibilidad de que el FMLN atacase otras zonas de Chalatenango que derivaran en más derrotas y ahondaran la desmoralización del ejército, éste abandona sus posiciones en la zona y se repliega hacia el sur del país perdiendo cerca de un tercio del territorio controlado. Como contraparte, el FMLN amplía la extensión de las áreas bajo su control.

¹³ Para una explicación del funcionamiento de las FOE, ver: Gregorio Selser, “Ya actúa en Iberoamérica el ejército secreto de Estados Unidos”. En *Cuadernos Americanos*, No. 5, México, septiembre-octubre 1985. Un análisis de lo que significa la reactivación de las FOE en relación

cana,¹³ que reforzarían a los batallones ya formados,¹⁴ deriva en una aplicación más profunda de la estrategia que en esos momentos estaba perfilándose cada vez más en Estados Unidos: la guerra de baja intensidad.

De esta manera, el conjunto de aquellas fuerzas aplica la táctica militar bajo las nuevas modalidades, al tiempo que pasa a organizar la Defensa Civil (redes de colaboradores en las zonas que debían ser desalojadas de guerrilleros), las “acciones cívicas” y de propaganda (“acciones psicológicas”) con la pretensión de minar la moral de los combatientes del FMLN, descomponer sus filas y aislarlo de las masas. Se inician, pues, los bombardeos nocturnos, la destrucción de cosechas y viviendas y el desplazamiento de poblaciones enteras a zonas controladas por el ejército.¹⁵ En suma, Vietnam a la orden del día.

De esta manera el conflicto adquiere el carácter de *guerra total*: ambos contendientes habrán de aplicar todos sus recursos políticos y militares. Durante 1984 y 1985 el ejército salvadoreño y sus asesores norteamericanos despliegan un gran trabajo propagandístico en torno a la supuesta recuperación de la iniciativa, sin entender que, para derrotar al plan contrainsurgente, el FMLN había desconcentrado sus fuerzas a fin de ganar tiempo y adaptarse a las condiciones de la guerra total. Después de esto, la nueva táctica guerrillera produce un gran desgaste en el ejército al ocasionarle casi 13 mil bajas entre 1984 y los primeros meses de 1986 (casi un 50 por ciento más del total de bajas en 1981),¹⁶ con el consecuente descenso de la moral en las tropas gubernamentales y, sobre todo, de su capacidad de movilización. El grado de importancia del golpe asestado por el FMLN sólo puede ser comprendido si se toma en cuenta que precisamente esa movilización era la esencia fundamental de la táctica castrense.

La crisis del esquema defensivo del plan contrainsurgente se expresa por la actual situación del ejército en que se ve obligado a decidir entre defender posiciones fijas (con lo cual rompe el espíritu del plan) o mantener la movilización de sus tropas. El FMLN sigue manteniendo la iniciativa militar en tanto impone aún el ritmo que ha de seguir el enemigo en los combates.

a la nueva estrategia militar norteamericana se encuentra en: Lilia Bermúdez y Raúl Benítez, “La segunda administración Reagan en América Central”. En *Polémica*, No. 16, San José, enero-marzo 1985.

¹⁴ Nos referimos a los batallones de Cazadores, los de Infantería de Acción Rápida (Atlacatl, Ramón Belloso, Atonal, Manuel Arce, Bracamonte) y los de paracaidistas.

¹⁵ Fireley Elgueta, “El Salvador: la población civil no combatiente es el blanco principal de la violación a los derechos humanos por parte del régimen”. En *Boletín Semanal*, Agencia Nueva Nicaragua, año 2, No. 8, febrero 26, 1986.

¹⁶ Víctor Martínez, “EE.UU. está perdiendo la guerra en El Salvador”. En *El Salvador. Información y Análisis Político*, Comisión de Prensa y Propaganda del FMLN, México, año 1, No. 1, marzo-abril 1980.

Son precisamente estas condiciones —donde la correlación de fuerzas está a favor de la guerrilla en la medida en que el ejército salvadoreño sólo se sostiene por la ayuda norteamericana—, las que explican que la solución negociada no haya sido tomada seriamente como una posibilidad por parte del gobierno local. De ahí los términos provocadores en que José Napoleón Duarte las plantea (el lugar de su realización, la exigencia de deponer las armas, la inexistencia de un compromiso sobre cuestiones de seguridad, etcétera) y que, a sabiendas de que son inadmisibles para el FMLN, buscan hacer creer que es la guerrilla quien se niega al diálogo.

Para los dirigentes del FMLN-FDR es claro que el aceptar el diálogo, no obstante la actitud gubernamental, están expresando el sentir de una población duramente golpeada por la guerra y la crisis económica; pero, al tiempo, están concientes que a la negociación política deben acudir con el respaldo que deriva del sostenimiento de su fuerza militar. Lo contrario sería borrar no sólo los años de lucha guerrillera durante los cuales han demostrado su alta capacidad como estrategias militares; sería, sobre todo, desconocer la lucha que el pueblo salvadoreño inició hace ya más de una década.

3. Nicaragua: la contrarrevolución

El cambio de la visión reaganiana de lo que representaba la existencia de un gobierno popular en Nicaragua respecto de la sostenida por Carter durante su mandato, no expresa sino el viraje en la percepción sobre los conflictos del llamado Tercer Mundo y la manera de enfrentarlos. Si para Carter era posible, hasta cierto punto, la coexistencia con el régimen sandinista, para Reagan es la oportunidad de probar en la práctica la viabilidad de la “reversión de los procesos” en un lugar que, desde la óptica imperialista, se encuentra en su más cercana zona de influencia. Sin embargo, Nicaragua —por hallarse en un proceso susceptible de reversión— no sólo se inserta dentro del esquema de guerra de baja intensidad, sino, también, recientemente, por cuanto ha sido calificada como “la capital mundial del terrorismo, la corrupción y las drogas” y por ser acusada de apoyar con armas al FMLN.

El supuesto sobre el que se basa la “reversión de los procesos” (uno de los componentes de la guerra de baja intensidad) es la apreciación manejada por la actual administración estadounidense en el sentido de que, para recuperar la ofensiva estratégica —perdida durante la época de la contención—, resulta impostergable que Estados Unidos responda ante el “expansionismo soviético” con el apoyo a las insurrecciones

anticomunistas para derrocar a los así considerados “regímenes prosoviéticos”. Resultado de todo esto es el apoyo económico y la asesoría militar otorgados abiertamente por Estados Unidos a fuerzas contrarrevolucionarias en Afganistán, Angola, Kampuchea, Nicaragua.¹⁷

El primer año del mandato de Reagan es también la etapa de las definiciones iniciales de lo que sería la nueva estrategia para enfrentar los conflictos en el Tercer Mundo; en la medida en que tal proceso de definición y caracterización daba sus primeros pasos, los acercamientos a los ex guardias somocistas armados —y en ese momento aún no conformados propiamente como un ejército—, sirven para sondear el terreno. La etapa que va del otorgamiento de la primera ayuda norteamericana —19 millones de dólares— a los ex guardias somocistas (noviembre 1981) a la aprobación de cien millones al, ahora sí, ejército contrarrevolucionario (1986), nos habla de todo un proceso encaminado al reforzamiento de la guerra de baja intensidad con las especificidades que asume para el caso nicaragüense.

Durante estos cinco años se ha trabajado en torno a la reestructuración de la “contra”, primero para convertirla en ejército y, luego, para adecuar sus estructuras a la estrategia militar norteamericana a desarrollar en Centroamérica; han sido también los años de variación de las tácticas aplicadas. La constante, sin embargo, es la presencia estadounidense, en la medida en que son los asesores de este país quienes imponen no sólo la táctica que deberá seguir el ejército “contra” en los combates, sino, incluso, quienes los proveen de objetivos estratégicos, sin olvidar, por supuesto, la vital ayuda económica.

La conformación del ejército “contra” se inicia con el surgimiento de la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN) en 1981, integrada por la Legión 15 de Septiembre y la Unión Democrática Nicaragüense (UDN). Estas agrupaciones, junto al Ejército de Liberación Nacional, que se suma en 1982 a la nueva organización centralizada, se habían constituido a raíz del derrocamiento de Somoza con la idea de realizar acciones tendientes a hostigar al gobierno sandinista y recuperar a mediano plazo el

¹⁷ En este sentido, son esclarecedoras las palabras de William Schneider, subsecretario de Estado, pronunciadas en 1985 ante una subcomisión del senado norteamericano: “Durante mucho tiempo las naciones libres se conformaron con trazar rayas sobre el polvo reconociendo a los comunistas sus conquistas y, en el mejor de los casos, esforzándose en impedir nuevas conquistas”. (Ahora, al ayudar a las guerrillas anticomunistas, debemos) “poner a los aprendices totalitarios a la defensiva para contribuir a introducir la incertidumbre en sus planes imperialistas”.

En otro momento, George Shultz, secretario de Estado declaraba “. . .mientras que toda victoria del comunismo era antes considerada irreversible, se puede hoy encarar con esperanza la victoria de esas ‘fuerzas democráticas’ sobre la tiranía comunista”.

Citado por Michael Klare, “Los conflictos de baja intensidad. La nueva doctrina de intervención norteamericana”, *op. cit.*

poder. El aislamiento internacional, la dispersión y la desorganización en que se encontraban tales grupos, sólo pudieron ser superados en el momento en que Estados Unidos se hace cargo de su aprovisionamiento con miras a su utilización en la guerra de baja intensidad.¹⁸

Desde esta perspectiva, la “contra” arma su estructura orgánica entre 1982 y 1983.¹⁹ Es interesante resaltar, al hacer un recuento de la actuación militar del ejército contrarrevolucionario en el lapso que va de su conformación a la actualidad, la carencia absoluta de victorias militares importantes. Recordemos que el objetivo principal de los primeros años era tomar zonas del territorio nicaragüense fronterizos con Honduras, liberarlas y organizar en ellas un gobierno provisional apoyado por Estados Unidos y Honduras. Se alimentaba la esperanza de que Managua sería “recuperada” en julio de 1983. Si en 1986 el panorama no apunta a esto, por lo menos a mediano plazo, y no obstante la enorme cantidad de dólares invertida por Estados Unidos en el sostenimiento de la “contra”, ¿significa que el contrarrevolucionario es un ejército ineficiente?

Responder lo anterior requiere, en primer lugar, entender cuál es el papel estratégico que juega la “contra” dentro de los planes norteamericanos y qué objetivos persigue ésta. Así, desde la óptica de las necesidades estratégicas del plan norteamericano, el ejército “contra” está cumpliendo eficientemente la tarea encomendada: desgastar mediante constantes golpes al régimen sandinista; desde el punto de vista de la “contra” como tal, es decir, desde lo que es la esencia misma de cualquier ejército (actuar para ganar la guerra, aun en el caso de un ejército mercenario), resulta totalmente inoperante.

Para comprender la primera afirmación —la eficiencia de la “contra” vista desde el marco de la estrategia norteamericana— resulta indispensable delimitar las dos fases de la guerra contrarrevolucionaria. Como apuntábamos, la primera de ellas tiene como objetivo estratégico la *conquista de territorios* y va de 1981 a 1983; la segunda etapa, articulada a partir de 1983, se define ahora bajo el objetivo estratégico de *desgastar al gobierno sandinista* mediante la táctica de ataques a puntos clave de la infraestructura económica y a la población civil. Frente a la imposibilidad de ocupar territorios —que pasa a ser un objetivo a largo plazo—, se levanta la instrumentación de la *guerra de desgaste*.

¹⁸ Un análisis sobre el desarrollo, consolidación y objetivos del ejército contrarrevolucionario nicaragüense en el marco de la guerra de baja intensidad se encuentra en: L. Bermúdez y R. Benítez, “Los combatientes de la libertad y la guerra de baja intensidad contra Nicaragua”. Ponencia presentada en la Reunión Anual de la International Studies Association, Anaheim, California, 25-29 marzo 1986.

¹⁹ *Ibid.*, p. 18.

**Ataques contrarrevolucionarios a la población civil y
objetivos económicos**

	1981	1982	1983	1984	1985
Ataques de la "Contra" (*)	83	69	108	68	94
Ataques contra la población civil y objetivos económicos	26	96	332	513	301
Daños físicos por ataques a objetivos económicos. (**) (millones de dólares)	2.7	9.0	41.1	16.1	—
Pérdidas de producción por ataques a núcleos económicos (***) (millones de dólares)	4.3	22.3	102.4	171.4	—

(*) Provenientes de Costa Rica y Honduras.

(**) Areas agropecuaria, maderera-forestal, pesquera, minera, construcción y servicios.

(***) No incluye el área de servicios.

Datos extraídos de los cuadros 3, 7 y 9 elaborados por L. Bermúdez y R. Benítez, "Los combatientes de la libertad y la guerra de baja intensidad contra Nicaragua" *op. cit.*, pp. 23, 25 y 27, respectivamente.

En el cuadro anterior podemos observar un aumento sustancial tanto de los ataques de la "contra", que pasan de 83 en 1981 a 108 en 1983; pero, sobre todo, de los ataques a la población civil y objetivos económicos (de 26 en 1981 pasan a 332 en 1983) y de los daños físicos y pérdidas en la producción que si en 1981 fueron de siete millones de dólares, para 1983 alcanzan casi los 150 millones de dólares. Como también se deduce de las cifras consignadas, la tendencia no ha disminuído con respecto a 1981 y 1982, años en que tiene lugar la primera fase de la guerra contrarrevolucionaria.

¿Qué factores intervienen en el paso de la primera a la segunda fase? Creemos que el cambio se debe fundamentalmente a la percepción, por parte de los norteamericanos, de la presencia de dos elementos importantes que incidieron en el fracaso del objetivo de recuperación de territorios de la primera fase: en primer lugar, la evidencia del enorme apoyo popular con que contaba el gobierno y, por tanto, el ejército sandinista que impedía, por una parte, que el ejército "contra" lograra victorias

sustanciales y, por otra —como consecuencia de esto—, la imposibilidad de que la contrarrevolución pudiese llegar a tener un frente político al interior de Nicaragua. Asimismo, el segundo factor que define la necesidad de cambiar el objetivo estratégico, deriva de la aceptación de los estrategias estadounidenses de que la prolongación del conflicto juega a su favor, por cuanto el desgaste económico del país podría traducirse en un debilitamiento del apoyo popular con que cuenta el régimen sandinista.²⁰

Paralelamente al cambio de objetivos estratégicos de la “contra” se dan las adecuaciones tácticas para enfrentar el conflicto en El Salvador dentro del cada vez más afinado esquema de guerra de baja intensidad. Frente a los conflictos nicaragüense y salvadoreño, los estrategias militares norteamericanos han llegado, en este punto, a la aceptación de que deberán enfrentarse a una guerra de carácter prolongado. Sin embargo, aquí entraría un elemento que definiría las especificidades de cada uno de los casos: si en su guerra contra Nicaragua la prolongación del conflicto tendería a debilitar al gobierno sandinista, para el caso salvadoreño dicho otorgamiento es, quizá, uno de los factores que definirá la victoria del FMLN.

Por lo demás y en términos globales, la noción subyacente en la guerra de baja intensidad es la tendencia al alargamiento del conflicto en tanto que, al introducir objetivos políticos y económicos —no sólo militares—, la situación se hace más compleja. La experiencia dejada por Vietnam ha sido recuperada: en ese entonces no se contempló el carácter prolongado de la guerra y por ello no se actuó en consecuencia; ahora no sólo se acepta la nueva situación, sino, incluso, podemos afirmar que se busca deliberadamente.

4. Notas finales

La apreciación de las características que asumen los conflictos en el Tercer Mundo (presencia de movimientos guerrilleros, existencia de regímenes pro-soviéticos y acciones terroristas, que en la perspectiva norteamericana son considerados de “baja intensidad”) cristaliza en una

²⁰ A las consecuencias económicas derivadas de los ataques de la “contra” debemos agregar el embargo comercial y el bloqueo a los préstamos provenientes de los bancos internacionales que han sido boicoteados por el gobierno norteamericano. Para tener un panorama de la gravedad del problema económico que enfrenta el país, véase entre otros: Ileana Padilla, “Nicaragua: la cotidiana lucha entre David y Goliath, cumplir metas de producción industrial”. En *Boletín Económico Centroamericano*. Agencia Nueva Nicaragua, febrero 24 de 1986.

Ricardo Pino Robles, “Nicaragua: crítica situación en el sector pecuario”. En *Boletín Económico Centroamericano*. Agencia Nueva Nicaragua, diciembre 17 de 1985.

estrategia para enfrentarlos. Esta se basa en la recuperación de la doctrina de contrainsurgencia aplicada en los años sesenta, fundamentalmente en Vietnam, pero dándole un mayor énfasis a lo que se conoció como “la otra guerra”; y sosteniendo a fuerzas contrarrevolucionarias con miras a revertir los procesos triunfantes.

La primera oportunidad para la aplicación de la guerra de baja intensidad se presenta en Centroamérica. Por las peculiaridades que presenta el caso salvadoreño, éste es enfocado como un conflicto generado por la presencia guerrillera al cual hay que enfrentar a través de la aplicación de la *guerra contrainsurgente*. Por su parte, con Nicaragua, después de ser calificado como régimen “hostil”, “comunista” y/o “pro-soviético”, deberá aplicarse una táctica encaminada a revertir el proceso mediante el fortalecimiento de la *guerra contrarrevolucionaria*.²¹

Si bien en este escrito sólo nos hemos ocupado en hacer algunos señalamientos sobre el funcionamiento de la nueva doctrina en el caso salvadoreño y nicaragüense, ello no significa que desconozcamos que ésta contempla la totalidad de la zona centroamericana. Apuntábamos ya en las primeras líneas el papel que le ha sido asignado a Honduras y Costa Rica. También es necesario no olvidar lo que implican, dentro de la nueva lógica militar, cuestiones como los procesos electorales de la región, la política frente a la cuestión del Canal de Panamá, el inicio de lo que podría ser un rearme de Belice —país que tiende a ser olvidado en los análisis, pero que muy probablemente ya esté en la mira de los estrategas norteamericanos—, el carácter real de las maniobras militares realizadas por el ejército estadounidense en combinación con el hondureño, etcétera.

Si entendemos la lógica de la guerra de baja intensidad, es decir, como doctrina militar para actuar en el Tercer Mundo, toman cuerpo hechos aparentemente desconectados. De tal suerte, cuestiones como la reciente política de Estados Unidos en Filipinas y Haití, la búsqueda de una solución favorable a los intereses norteamericanos en el caso chileno, el operativo norteamericano-boliviano para una supuesta lucha contra el narcotráfico, sólo por mencionar algunos acontecimientos cercanos, devienen en engranajes que dan movilidad a la gran maquinaria instalada en los altos niveles de decisión estadounidense.

No nos parece ocioso insistir en que la aplicación de la doctrina de baja intensidad, entendida como plan global, no se circunscribe tan sólo al área centroamericana. Se trata, por el contrario, de una estrategia que se concibe para ser instrumentada en todo el Tercer Mundo. En esta

²¹ En los últimos años la situación se agrava en la medida en que para los Estados Unidos Nicaragua se inserta también en el otro componente de los conflictos de baja intensidad: el terrorismo.

lógica es donde radica el peligro de su aplicación en términos de lo que habrán de enfrentar los actuales y futuros movimientos de liberación nacional en nuestros países.